

## AMÉRICA EN EL *ISLARIO GENERAL* DE ALONSO DE SANTA CRUZ

ROSA PELLICER  
(Universidad de Zaragoza)

A comienzos del siglo xv el interés por la representación de las islas fue tan grande que dio origen a los islarios, atlas compuestos exclusivamente de mapas y descripciones de islas, que se inician en el primer cuarto de dicho siglo y culminan en el xvii. Para algunos estudiosos los islarios son un subgénero de la literatura de viajes, aunque en algunas ocasiones se trate de un viaje exclusivamente libresco, mientras que para otros son una derivación de los antiguos portulanos de la Edad Media.<sup>1</sup> Alonso de Santa Cruz (1505-1567), cosmógrafo de la Casa de Contratación, autor de numerosas obras de carác-

---

<sup>1</sup> Para esta cuestión, véase el estudio de Marziano Guglielminetti, «Per un sottogenere della letteratura di viaggio gl'isolari fra quattro e Cinquecento», *La letteratura di viaggio dal medioevo al rinascimento. Generi e problemi*, Alessandria: Edizioni dell'Orso, 1989, págs. 107-117. Como señala Chiara Lastraioli, «En réalité, les *isolari* sont des ouvrages composites dont la partie cartographique, ou plus généralement iconographique, ne constitue qu'un aspect, certes nécessaire, mais nullement prépondérant. [...] Aucun texte explicatif n'accompagnait les images tracées à la main sur un vélin résistant pouvant être facilement plié et déroulé maintes fois. Objets cartographiques parmi tant d'autres, les portulans étaient le plus souvent illisibles pour le grand public, des cartes muettes souvent incompréhensibles» (Chiara Lastraioli, «Un monde en forme d'île». Espace géographique et espace imaginaire dans l'*Isolario* de Tomasso Porcacchi», en *Espaces, histoire et imaginaire dans la culture italienne de la Renaissance*, eds. A. Godard y M.-F. Piéjus, París: Université Paris II Sorbonne Nouvelle, 2006, págs. 44-45).

ter moral, didáctico, histórico y geográfico, cartógrafo, traductor, polemista, participante en la fallida expedición a las Molucas de Sebastián Caboto, es autor del único *Islario general* español, que quedó manuscrito, cuya primera redacción se terminó hacia 1541.<sup>2</sup>

Del continuado trabajo cartográfico de Santa Cruz y su interés por las Indias Occidentales es buena muestra el inventario del contenido del «arca encorada vieja», fechado el 12 de octubre de 1572, en el que figuran, además del *Islario*, descripciones, es decir, mapas, de Cuba, la Española, el Perú, la ciudad de México, mapas de América, además de las 120 cartas del *Islario*. También se puede observar que Santa Cruz mostró afición por lo que se puede denominar, imprecisamente, «curiosidades cartográficas» en algunas «descripciones» del mundo en figura de corazón, de sol, de estrella, de concha, o de los signos del zodiaco.<sup>3</sup> Al lado de su labor como cartógrafo y geógrafo está la de historiador, ya que no sólo escribió una *Crónica de los Reyes Católicos*, como continuación de la de Hernando del Pulgar, sino que el fin de su trabajo era la realización de una geografía universal descriptiva e histórica, de la cual una parte importante estaría dedicada a las Islas Occidentales.<sup>4</sup>

En la «Carta dedicatoria» dirigida a Felipe II, Santa Cruz se refiere al mandato del emperador para que diera noticia de todas las islas conocidas hasta ese momento:

[vuestra majestad] me ha mandado que para ello le abriese y enseñase el camino, demostrándole por figuras pintadas y escritas todas las islas que hasta hoy son conocidas y descubiertas, con las distancias y derrotas por do se

<sup>2</sup> Para la vida y obra de Alonso de Santa Cruz continúa siendo indispensable la extensa introducción de Juan de Mata Carriazo a la *Crónica de los Reyes Católicos*. (Alonso de Santa Cruz, *Crónica de los Reyes Católicos*, estudio y ed. J. de Mata Carriazo, Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1951, 2 vols).

<sup>3</sup> La relación hecha por Jiménez de la Espada está reproducida en Mata Carriazo y en Cuesta Domingo. José Enrique Viola Nevado hace un recorrido por las diversas formas de este tipo de cartografía en «El mapa teriomórfico: entre la cartografía y el test de Roschard», en *Paisajes emblemáticos: La construcción de la imagen simbólica en Europa y América*, II, eds. C. Chaparro y otros, Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2008, págs. 701-703.

<sup>4</sup> Como historiador, lo cita en dos ocasiones Luis Zapata en el *Carlo famoso* (1566). En el canto X escribe: «De aquestos ueo en los siglos venideros / Resplandecer con titulo muy justo / A los Doctores sabios y seueros, / Sepulveda, Çurita, Estrella y Busto, / Y el buen Pero Mexía en los primeros, / Y el doctor Páez discreto, y de buen gusto, / Y Sancta Cruz, uaron de juyzio entero, / Y el Louio, y el Ariosto, un nuevo Homero». Y en el XXXVIII: «Pero Mexia entra aquí, que ha a España abierto / De la antigua Barbaria la carrera, / Y Sancta Cruz también, Estrella iusto / Sepulveda, Florian, Çurita y Busto» (Luis Zapata, *Carlo famoso*, intr. y apénd. M. Terrón Albarrán, Badajoz: Instituto Pedro de Valencia, Diputación Provincial, 1982, fol. 46<sup>v</sup> y 204<sup>v</sup>).

---

han de caminar para ellas, y las historias que de cada una dellas se pudiesen hallar con sus antigüedades.<sup>5</sup>

En esta carta y en el «Prólogo» justifica oblicuamente su labor mediante la profusión de citas de autores antiguos, a la vez que se sitúa en una posición intermedia entre antiguos y modernos al poner el énfasis en el valor de la experiencia contemporánea, que sirve en ocasiones para corregir los errores cometidos por cosmógrafos antiguos, aunque adopte el viejo esquema del mundo rodeado de agua, tal como se dibuja en las ocho tablas generales que acompañan al *Islario general*. El propósito de Santa Cruz, como el de los demás «insulistas», es divulgativo, y aun literario, ya que no sólo es útil para los navegantes sino agradable para los curiosos, lo que justifica hacer «historia»:

La cual yo comencé por sólo el motivo y principal parecer de vuestra majestad, que es el mayor argumento que yo puedo traer para su gran utilidad y provecho público y para dar a entender que no dejará de ser lectura sabrosa y muy deleitosa a los que algún tiempo le quisieren ver. Porque según el estado en que las cosas de la república de España están, no sólo será provechosa a los que quisieren salir della, pero a los que estuviesen dentro y fueren curiosos de saber a pie enjuto (como dicen) los estados y diversas naciones de gentes y gobierno de muchas islas y reyes que en ellas antigua y modernamente reinan y han reinado. (pág. 142)

Santa Cruz hubiera querido utilizar el latín, pero el emperador le mandó escribirlo en castellano. Esto supone para el cosmógrafo una dificultad añadida, porque debe traducir del griego y del latín al romance no sólo a los «graves autores» sino términos «muy oscuros y no usados en nuestra lengua», de modo que su estilo no será «tan apacible» como quisiera. El carácter divulgador de la obra lo lleva a definir en el «Prólogo» los términos «cosmografía», «geografía», «corografía» y «topografía», al igual que hicieron Fernández de Enciso y Bordone, y continuarán haciendo el resto de los autores de islarios. De sus definiciones, el término que más se ajusta a su obra es el de «corografía», más

---

<sup>5</sup> Françoise Naudé, *Reconnaissance du Nouveau Monde et cosmographie à la Renaissance*, Kassel: Reichenberger, 1992, pág. 134. En adelante, todas las referencias a la cuarta parte del *Islario general* remiten a esta edición.

Santa Cruz se refiere a la relación que tuvo con Carlos V, en la primavera de 1537, cuando estaba la corte en Valladolid: «todos los más días de estos siempre estuvo el emperador malo de gota, y se regocijaba así viendo estas fiestas –torneos a pie y a caballo– como en estar algunos ratos en preguntar ocupado y saber cosas de Filosofía y de Astrología y de Cosmografía, de que su Majestad era muy aficionado; todo lo cual quiso entender y saber de mí, Alonso de Santa Cruz, el autor de esta crónica, como de su criado y medianamente leído en es dichas ciencias». Cfr. Mata Carriazo, *op. cit.*, XC.

que «geografía», puesto que, como señala Mata Carriazo: «En el vocabulario geográfico de Santa Cruz, y de sus contemporáneos, las palabras *geografía* y *descripción* equivalen casi siempre a lo que nosotros llamamos *mapa*, pura y simplemente».<sup>6</sup>

No hay que olvidar que para Alonso de Santa Cruz la meta de sus estudios geográficos era la preparación de la que sería su gran obra, una geografía universal histórica y descriptiva, para la que sus trabajos eran una preparación. A este proyecto se refiere en el *Islario* en varias ocasiones («la cual obra [*Islario general*] quisimos tratar aparte de nuestra general Geografía e Historia»<sup>7</sup>), en el *Libro de las longitudes* y en la *Crónica de los Reyes Católicos*, donde, además de manifestar su entusiasmo ante el descubrimiento de las Indias Occidentales, «que fue la cosa más señalada que antes de sus tiempos aconteció en el mundo», muestra su intención de dedicarle una parte importante de su Geografía Universal:

El qual [si] se hiciera en el tiempo que los griegos o romanos florecían, cierto es que lo ensalçaran y ponderaran con muchos volúmenes de historias, como la grandeza del caso merecía. Y lo mismo procurara de hacer yo en historia por sí, dándome Dios vida para ello, aunque en letras y ingenio más inferior que todos ellos.<sup>8</sup>

Pero el *Islario general*, además de ser útil a los navegantes y proporcionar deleite a los curiosos lectores, tiene un propósito político, puesto que la geografía está estrechamente ligada al poder político y militar, y son los que encargan y utilizan los mapas los que detentan el poder. Este aspecto aparece claramente en el «mandato» que le hizo el emperador y se refleja, tanto en la determinación del meridiano cero, como en las numerosas alusiones a los territorios descubiertos por los españoles y, lo que es más importante, por descubrir, lo que tal vez sea la razón última por la que quedó manuscrito. Este fin queda muy claramente expuesto en los dos párrafos finales, donde anima al rey a descubrir y conquistar

---

<sup>6</sup> Cfr. Juan de Mata Carriazo, *op. cit.*, pág. CLXIV. Santa Cruz define así «geografía» y «corografía»: «Geografía vale tanto como descripción o pintura de la tierra. Porque *geos* quiere decir tierra, y *fia* descripción o pintura; porque en ella se trata de la correspondencia que tienen las partes del cielo a las de la tierra, poniendo los grados de altura y su mayor y menor día, con otras muchas particularidades. Corografía quiere decir tanto como particular descripción de alguna provincia o parte de la tierra, no teniendo respecto a la del cielo. Como si quisiésemos hacer la pintura de Francia o de España do se pusiesen todos los lugares y ríos y montes que en ellas hay, cada cosa en su proporción, y como en ella están» (Françoise Naudé, *op. cit.*, pág. 140)

<sup>7</sup> Mariano Cuesta Domingo, *Alonso de Santa Cruz y su obra cosmográfica*, I, Madrid: CSIC, 1983, pág. 330.

<sup>8</sup> Alonso de Santa Cruz, *op. cit.*, 1951, I, pág. 21

nuevas tierras, acción que además redundará en un mayor conocimiento de islas hasta el momento desconocidas:

Las restantes que quedan en partes del mar hasta hoy ignoto, esperamos en Nuestro Señor, pues ha de ser que su santísimo nombre se extienda y alabe por ellas, dará calor y aliento a vuestra majestad para que, con su favor, sus súbditos y vasallos españoles, que han sido autores de lo más, acaben de extender su fama y su gloria por todo lo que resta.

Y entonces se perfeccionará nuestra tratación de islas (pág. 340)

Esta finalidad política se reviste en Santa Cruz del propósito evangelizador, que consideraré más tarde, que anima la cuarta parte del *Islario*, la dedicada a las Islas Occidentales. El ejemplo de vida cristiana de los españoles necesariamente tendrá como consecuencia la conversión de los indios. Sólo un ejemplo:

Que conociendo cuántas islas le reconozcan por señor, sembradas por estos mares, le muevan a hacer el rebaño de Dios mayor en número y mejor en calidad; y a sus súbditos, que hasta agora corrían la noticia dellas de rumores y fama, viéndolas expresadas y puestas claramente delante de los ojos por demostraciones, se animen a ir a provocar y animar con ejemplo cristiano a los perdidos que están en ellas, pues carecen de este bien de conocer a Dios y serville, digo de muchos que hasta agora no viven como cristianos. (pág. 190)

En cuanto a las fuentes, para la descripción de las islas del mundo conocido Alonso de Santa Cruz contaba con un buen número de autoridades, tanto antiguas (Plinio, Ptolomeo, Estrabón, pero también Homero u Ovidio) como modernas (Jacob Ziegler, Olao Magno). Sin embargo, para la cuarta parte, la dedicada a las Islas Occidentales, sólo consigna a Pedro Mártir de Anglería, Américo Vespucci y Gonzalo Fernández de Oviedo y silencia dos autores que indudablemente conoció y utilizó, Fernández de Enciso y Bordone, y sigue muy de cerca la segunda carta de Cortés al hablar de la «isla» de Tenuxtitlán. No menos importante que el saber libresco, del que se nutren los islarios, es la experiencia directa de los pilotos, capitanes y navegantes de los que Santa Cruz tiene noticia directa en la Casa de Contratación, a la que hay que añadir la suya propia como participante en la expedición de Sebastián Caboto, de la que no dejó más testimonio que las referencias del *Islario*.<sup>9</sup> Santa Cruz rechaza en varias ocasiones las fábulas y los

---

<sup>9</sup> Incluso un autor tan respetuoso con los escritores de la antigüedad como Domenico Silvestri equipara la autoridad de Isidoro de Sevilla a la de Marco Polo. Al hablar los cinocéfalos de la isla de Agamón, en el océano Índico, se pregunta: «¿Acaso Isidoro en su *Descripción del mundo* no cuenta

«sueños y presunciones vanas» de algunos autores, que no deben tener cabida en un tratado «geográfico», como la identificación de Fernández de Oviedo, que viene de Cisneros, de estas islas con las Hespérides.<sup>10</sup>

Mientras que otros autores se detienen en el origen de la palabra «isla» —«Las islas se denominan así (*insula*) por están *in salo*, en el mar»<sup>11</sup> (San Isidoro de Sevilla, II, 1982: 195)— y aluden a fabulosos orígenes, para nuestro cartógrafo las islas «no son otra cosa que cierta parte de tierra cercada por todas partes de agua, principalmente de la mar» (pág. 138). Esta postura de hombre de ciencia, tal como se presenta a sí mismo en los preliminares, no impide que ceda a la tentación de convertir las islas en símbolo de la mudanza que rige a hombres e imperios, como había sido para otros autores símbolo del alma. Esta postura, que se quiere científica, hace que la isla deje de ser un lugar fuera del tiempo, invariable, al estar sometida a los mismos cambios que el continente, tanto geológicos como históricos, ya que tienen la misma naturaleza. De este modo, la isla, aun siendo un territorio cerrado, en algunos casos «apropiable», para Alonso de Santa Cruz deja de ser el espacio de la imaginación y del mito para convertirse, simplemente, en un accidente geográfico, aunque no dejará de hacer alguna concesión a la leyenda. Así, aun mostrando su escepticismo, habla de las islas flotantes:

---

también que en la India se encuentra el pueblo de los cenófalos [cinocéfalos], que tienen cabezas de perro y las uñas torcidas, cuya voz es parecida al ladrido de un perro? Y si a éste le creemos, ¿por qué no creer a Marco Polo el veneciano? (José Manuel Montesdeoca Medina, *Los islarios de la época del humanismo: el «De Insulis» de Domenico Silvestri. Edición y traducción*, <http://tsisbbtk.ull.es/cessyhum/cs103.pdf>, pág. 37).

Al final del *Islario general* Santa Cruz resume las fuentes utilizadas: «Esto es, invictísimo señor, lo que hemos podido copilar de las islas todas del mundo de quien hasta hoy se tiene noticia, esforzándonos por cumplir el mandado de vuestra majestad a todo lo que, humanamente, se ha podido hacer con nuestras fuerzas e ingenio, indagando y buscando con solicitud todas aquellas cosas que a este propósito hacen. En parte propia vista y experiencia, que en aquel todo fuera casi imposible, pues ninguno de los famosos geógrafos antiguos tal hizo ni pudo; y parte de solícita inquisición de personas sabias y expertas en mucho dello; y lo tercero la lección de escritores geógrafos antiguos y modernos, así generales como particulares, con diligencia examinados y conferidos» (págs. 339-340).

<sup>10</sup> Además de la larga refutación de la tesis de Oviedo en la tercera parte del *Islario general*, en la cuarta parte continúan las alusiones: «Que lo que Gonzalo Hernández Valdés dice que fue movido [Colón] por parecer y autoridad de los antiguos, no me parece que se ha de admitir en un hombre tan prudente y sabio como lo era Colón. Pues no sólo no tenía la firmeza que dice Valdés para seguilla, mas antes, de lo que él cita se siente al contrario, como hablando de las islas Espérides explicamos con las razones que nos parecieron bastantes». «Y si así es, [Colón] no iba en demanda de las Espérides, como a Gonzalo Hernández le pareció, pues no preguntó por ellas y preguntó por Cipango señaladamente» (pág. 210). Las deudas con Fernández de Oviedo y Cortés ya han sido señaladas por Françoise Naudé, *op. cit.*, págs. 203 y 46-62.

<sup>11</sup> Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, ed. y trad. J. Oroz Reta y M. A. Marcos Cosqueros, Madrid: BAC, 1982, II, pág. 195.

Lo que es más de maravillar, según él [Plinio] afirma, que entre las islas del mar Mediterráneo andaban algunas nadando por encima del mar; y otras que se meneaban según las patadas o pisadas de los que encima bailaban. Lo cual, si sea verdad o no, sola su autoridad está de por medio.<sup>12</sup>

Una vez dejado claro el objeto de la descripción, así como el propósito de los mapas y los textos que los acompañan, se presenta la cuestión de la disposición, que debe mostrar cierta coherencia entre las unidades aisladas, la de una representación total y dentro de la «norma». Los islarios generales organizan de diferentes maneras las islas consideradas, pero se aprecia un esquema común. Dejando de lado la enciclopedia insular *De insulis et earum proprietatibus* de Domenico Silvestri, que utiliza el orden alfabético, dado que su intención es completar la obra de su amigo Giovanni Boccaccio *De montibus et silvis, de fontibus et lacubus et fluminibus...*, lo más habitual es comenzar, como ya lo hiciera San Isidoro en el Libro XIV en el apartado dedicado a las islas, por las del Atlántico de norte a sur, de modo que la primera que suele aparecer es Islandia, para pasar a las del Mediterráneo, las del océano Oriental, las del Índico y, en último lugar, las correspondientes al Nuevo Mundo, recién descubierto.<sup>13</sup> Esta disposición general, en la que puede variar el orden según las prioridades del autor, es la que ya presentaban la *Suma de geografía* de Fernández de Enciso, que comienza por el mundo conocido, Europa, la zona mediterránea, Asia, África y los territorios recientemente descubiertos, y el islario de Benedetto Bordone, que será el modelo de islarios posteriores, como el del propio Santa Cruz, el de Thomaso Porcacchi o el de André Thevet.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> Otros tipos de isla móvil encontramos en el «islario» árabe. Sólo un ejemplo: «Y hay una isla con casas y cúpulas blancas que aparecen y cobran forma ante los ojos de los marineros, que inmediatamente anhelan alcanzarlas. / Pero cuanto más se acercan más se aleja aquélla, e insistes hasta que, desesperados, se dirigen a otro lugar» (Angelo Arioli, *Islario maravilloso. Periplo árabe medieval*, trad. M. Rodríguez, Madrid: Julio Ollero Editor, 1992, pág. 47).

En relación con las islas legendarias del Atlántico continúa siendo imprescindible el trabajo de Louis-André Vigneras, «La búsqueda del Paraíso y las legendarias islas del Atlántico», *Cuadernos Colombineos*, 6 (1976), págs. 9-55.

<sup>13</sup> Escribe Silvestri: «Imitando a Boccaccio, soy partidario de seguir una disposición alfabética que hará más ágil hallar alguna de las islas a que se desea llegar». Cfr. José Manuel Montesdeoca, *op. cit.*, pág. 13.

<sup>14</sup> Al comienzo del Libro primero, Benedetto Bordone explica las razones para comenzar su *isolari* por Islandia: «Douendo io dunque nipote mio carissimo dar principio a questo ragionamento delle isole del mondo, me par cosa conveniente incominciare da luno de capi del nostro continente [...], si come dalla piu nobile del mondo pigliero il principio mio e imprima quell che piu remot da noi che altra nel ponente si troui, porro'al primo luogo et poi per ordine seguendo lune dopo l'altra ragionero» (Benedetto Bordoni, *Libro di Benedetto Bordone nel quale si raciona di tutte l'isole del mondo*, 1528, <http://visualiseur.bnf.fr/ark:/bpt6k58910>).

El *Islario general* va precedido de la carta dedicatoria a Felipe II, el prólogo y la «Breve introducción a la esfera», un resumen de los elementos de astronomía necesarios para la navegación, y una serie de indicaciones sobre el clima, la duración del día, las latitudes y las medidas de longitud empleadas en él. Una cuestión fundamental que se plantea es la designación de la longitud, la determinación del meridiano cero.<sup>15</sup> Al igual que en la *Suma de geografía* de Enciso, la esfera terrestre queda dividida en dos hemisferios, el septentrional y el meridional, divididos por la línea del Ecuador, y el meridiano cero, que la divide en dos partes iguales, la oriental y la occidental. El cuerpo de la obra se organiza según el modelo cuaternario del mundo: Atlántico noreuropeo, Mediterráneo, África y océano Índico, y América. El orden, en líneas generales, de la primera, tercera y cuarta parte es de norte a sur, y el de la segunda de este a oeste.<sup>16</sup> Santa Cruz, al hablar de las partes en que divide su trabajo, hace hincapié en la importancia de la dedicada a las islas occidentales e insiste en la dificultad de su descripción:

Y dado que cada isla se podía tratar por sí y dar principio al libro, pero ésta [Islandia] como anejas ella, nos dio gran ocasión a las querer encerrar debajo de una de cuatro parte en que dividimos este nuestro libro, como si cada isla fuese un capítulo. La segunda conterná las islas del mar Mediterráneo, del cual participan todas las tres partes en que los antiguos dividieron el mundo.

---

Thomaso Porcachi advierte en el «Prohemio» que no va a seguir el orden habitual, sino que comenzará su descripción de las islas por Venecia, «città magnifica»: «io non ho per convenevol rispetto potuto observar l'ordine, et la disposition delle Isole ch'io doveva, gia che secondo i buoni auttori bisognava cominciar dall'Inghilterra, et non da Vinetia» (Annette, *Thomaso Porcachis, «L'Isole piu famose del mondo», Zur Text-und Wortgeschichte der Geographie im Cinquecento mil Teiledition*, Tübingen: Max Niemeyer Verlag, 2004, pág. 268).

<sup>15</sup> En el «Parecer de Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo mayor» (1566) sobre si las Molucas y las Filipinas forman parte de la demarcación española, Santa Cruz recuerda el tratado de Tordesillas: «los Reyes de Castilla, como muy católicos, holgaron por bien de paz de se concertar con el rey don Juan de Portugal por medio de sus embajadores que vinieron a la villa de Tordesillas, el año de 1494. Y el concierto fue que, sobre las cien leguas que Su Santidad había echado hacia occidente, se echasen más 270, a que por todas viniesen a ser 370. Y que éstas tuviesen principio de la isla de Cabo Verde hasta una raya que se había de imaginar hacia el poniente, que se echase de un polo hasta el otro. Por manera que todas las islas y tierras que se hallasen o estuviesen halladas a la parte de occidente de la dicha línea, habían de pertenecer a los Reyes de Castilla; y todas las que estuviesen al oriente al rey de Portugal, como más largo se contiene en la dicha capitulación» (Françoise Naudé, *op. cit.*, pág. 353).

<sup>16</sup> «Leur différence de situation, de dessin et de nature (constituées de terre, elles se définissent par l'eau qui les entoure) explique que les îles doivent être traitées à part des continents. De plus, les îles entraînent unedisposition particulière de l'exposé. Décrire les îles du monde, ou, mieux, décrire le monde par les îles implique un émiettement de la matière géographique et aussi une plus grande liberté dans sa mise en ordre. L'archipel peut être pris à partir de n'importe quel bout et dévidé à volonté, selon les parcours les plus variés», Frank Lestringant, «La voie des îles», *Médiévales*, 47 (2004), <http://medievales.revues.org/document506.html>.

La tercera tratará de las Indias Orientales [...]. La cuarta las occidentales, que los antiguos tuvieron ignotas y por tanto de ninguna de las tres partes en que dividieron el mundo y que, aunque en esta tratación particular de todas las islas del mundo, ninguno haya a quien en todo podamos seguir (lo cual no ha sido pequeño trabajo).<sup>17</sup>

Al inicio de esta parte señala la disposición de las islas de las Indias Occidentales:

Comenzará, pues, esta cuarta parte, porque más por orden se lleven, de las que la parte más septentrional de mar Océano Occidental, y proseguirse han tratándose como van por orden asentadas las islas, que, por la mayor parte, van como aguardando la costa del continente altísimo de vuestra majestad, que va a parar al mar del Sur, que es lo más austral del mundo, por inmenso espacio de tierras y mares. (pág. 190)

La isla se presenta como una entidad autónoma —«como si cada isla fuera un capítulo»—, que se opone al continente, tanto por estar rodeada de agua, como por ser un objeto de contornos delimitados y un espacio medible. Como señala Frank Lestringant, la era de los grandes descubrimientos, en lugar de extender por exploraciones contiguas el espacio tradicional de la ecumene, vio al principio multiplicarse las islas, de modo que América figura en los islarios como la isla más grande del mundo. Los primeros viajes transoceánicos tuvieron como resultado inmediato que la imagen de la tierra se deshiciera en un polvo de islas: archipiélago innumerable e innombrable, que recobró la unidad con los descubrimientos ulteriores.<sup>18</sup>

L'imaginaire rejoint ici la nécessité épistémologique: substituer en dépit du référent géographique mal connu, un semis d'îlots à des profondeurs continentales inexplorables, ce rêve, commun au navigateur et au cartographe, revient en fait à fragmenter le réel pour mieux le définir, le décrire et, en définitive, le posséder.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Mariano Cuesta Domingo, *op. cit.*, I, pág. 331.

<sup>18</sup> Esta dificultad queda reflejada en el «Prólogo» del manuscrito de Besançon dirigido a Carlos V: «Porque ¿qué cosa hay más ajena de razón que poner nombre de Indias a las islas e tierra firme occidentales, que ni tiene río indio de do se domine, ni es tan pegada a las que verdaderamente así son llamadas? Y que los estuvieran, era tan grande la distancia que sería muy ajeno y remoto. Y así hay otras cosas de semejante impropiedad en las partes occidentales, por haber sido los que las han tratado poco curiosos». Cfr. Françoise Naudé, *op. cit.*, pág. 144.

<sup>19</sup> Frank Lestringant, «Les îles», en *Cartes et figures de la terre*, París: Centre George Pompidou, 1980, pág. 471.

Los autores de islarios ven el mundo en forma de isla. Así, Thomaso Porcacchi, apoyado en la autoridad de Estrabón, afirma en el «Proemio» a *L'Isola più famose del mondo...* (1572): «nostro mondo sia à guisa d'un Isola, circondato d'ogn'intorno dall'oceano». Por su parte, Alonso de Santa Cruz advierte en el prólogo:

Puesto que ni esta voz de islas tomemos tan absolutamente que no se nos represente que todo el continente antiguo, en cuanto está cercado de agua de mar, no lo pudiésemos entender por una isla muy grande; y el nuevamente agora descubierto por otra; y en el que se acabará nuestra descripción, placiendo a Dios por otra. El cual está casi debajo del polo antártico, puesto que no está del todo descubierto. (págs. 140-141)

Esta perspectiva insular tiene como consecuencia inmediata que en algunas ocasiones se atribuya el término de isla a entidades geográficas de otro género, o aislar ciertas regiones que tienen unas características particulares –económicas, culturales, religiosas o políticas–, como la «isla y tierra de Santa Cruz, o Mundo Nuevo», en los islarios. El mismo Santa Cruz incluye en su obra la ciudad de México, como viene siendo habitual desde el islario de Bordone, y varias penínsulas, como Morea, Dinamarca, Yucatán, o la «Tierra o isla de mediodía del Estrecho de Magallanes», puesto que «hay también otras islas que del todo no están cercadas de mar, que los latinos llaman *pene-insulas*, que en castellano suena casi islas» (pág. 140).

Se ha señalado reiteradamente que la importancia del *Islario general* reside en los mapas, más que en los textos. Sin embargo, éstos reflejan las preocupaciones de la Corona y de la Casa de Contratación por cuestiones geográficas, etnológicas y naturales, que están presentes en el *Memorial sobre los descubrimientos en el Nuevo Mundo* elaborado por Santa Cruz. Los textos dedicados a las Islas Occidentales muestran un claro desequilibrio en cuanto al tratamiento de las regiones, ya que dedica el grueso de la descripción a las grandes islas antillanas.<sup>20</sup> Aunque el esquema de la descripción de las islas no es fijo, en buena

---

<sup>20</sup> José Miguel Morales resume el contenido del texto: «El tema más destacado es el geográfico, indicando la situación, forma, distancia y tamaño de las islas, la existencia y forma de los ríos y montañas, los accidentes costeros como bahías, cabos, golfos y estrechos marítimos, las distancias entre islas, el clima, los nombres y su significación en los idiomas nativos. También se habla de las poblaciones, diferenciando entre las poblaciones de indios y las ciudades de españoles. [...] Las poblaciones de españoles son todas señaladas, indicando su fundación, la ubicación, el número de habitantes y su forma de vida, así como la existencia de grandes construcciones, tales como fortalezas y templos» (José Miguel Morales, «La imagen de América en el *Islario general* de Alonso de Santa Cruz», *Boletín de Arte*, 23 [2002], pág. 150).

parte de los casos se mantiene un orden, que puede ser levemente alterado. En primer lugar se ocupa del nombre, español e indio, mostrando siempre interés por su origen. Sólo un ejemplo:

A esta isla, que por los habitadores era dicha Cuba, llamó el almirante don Cristóbal Colón Fernandina, celebrando el nombre del Rey Católico. Aunque el antiguo Cuba ha más prevalecido, porque comúnmente hoy se llama Cuba, y no Fernandina. El cronista Pedro Mártir, por excelencia, cuando se descubrió, la llamó Alpha y Omega. Pero este nombre ya hoy es perdido por su afectación. (pág. 249)<sup>21</sup>

Luego pasa a una consideración geográfica general sobre la calidad del suelo, sus montañas, ríos y poblaciones; después se ocupa de la historia, en caso de que se trate de una isla importante como Cuba, La Española o Tenuxtitlán, para continuar con la descripción de los indígenas, sus costumbres y su religión. El punto siguiente suele estar dedicado a la fauna y flora, y a la posible presencia de riquezas, fundamentalmente, de oro o perlas. Al final, consigna la longitud, latitud, clima y día mayor. La descripción más extensa es la de La Española, de modo que se erige como modelo para las islas de su entorno. El programa de Santa Cruz, que incluye las cuestiones de geografía, naturaleza e historia, se adereza con las pertinentes referencias a la cultura clásica para señalar la semejanza o diferencia, mezclando naturaleza y cultura, indisociables en el Renacimiento. Un conjunto de correspondencias tangibles le permite ordenar objetos distintos uno tras otro, al mostrar la diversidad dentro de la unidad del cosmos.

El polígrafo Alonso de Santa Cruz se consideraba a sí mismo como un hombre de letras y de ciencias; y el carácter «científico» de su islarío no le permite, como hemos visto, incluir las maravillas y prodigios que aparecen en las obras de este tipo. Así, mientras que Fernández de Enciso da cuenta de la isla de Brasil, una de las islas legendarias de la Edad Media, Santa Cruz no incluye en la cuarta parte ninguna de este tipo y Brasil es considerado como parte del continente –eso sí, habitado por antropófagos–, en un momento en que todavía perdura la idea insular, y como tal –«Terra de la Santa Croce over Mondo Nuovo»– aparece en

---

<sup>21</sup> Porcacchi también alude al nombre dado por Pedro Mártir en la década primera: «È quest'isola stata chiamata alcuni alfa et Omega, et ancho Giovanna: ma questi nomi vengono rifiutati, et co'l Nome di Cuba; così prima detta da gl'Indiani; l'hanno denominata: ma poi per ordine di Fernando Re Catholico, in tempo, et sotto l'ombra del quale Christophoro colombo la discoperse; fu dal Nome d'esso Re nominata Fernandina». Cfr. Anette Gerstenberg, *op. cit.*, pág. 311. El posible origen de esta denominación ha sido estudiado por Juan Gil en «El enigma de una denominación: el cabo de Alfa et O» (Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento, 1. Colón y su tiempo*, 1989, págs. 89-96).

los islarios venecianos.<sup>22</sup> A pesar de su intención de desterrar las fábulas de su *Islario*, Santa Cruz incluye algunas informaciones, cuando menos curiosas si no verdaderas, en su descripción de las islas occidentales. Cuando éstas aparecen o bien remite a la autoridad (Mártir de Anglería, sin citarlo, y Oviedo), a testigos de vista o a su propia experiencia. Sólo un ejemplo; en la isla de la Ascensión, situada en la bahía de Pernambuco, Santa Cruz y sus compañeros vieron un monstruo marino, «una cosa digna de admiración y que, si no la viéramos tantos y tan clara y patentemente, yo no lo osara afirmar, temiendo la incredulidad que a semejantes cosas nuevas se suele dar» (pág. 321). Estando haciendo «aguaje», los españoles creen ver entre unas espadañas a unos indios, y como éstos no se deciden a acercarse, algunos miembros de la expedición, entre ellos Santa Cruz, deciden hacerlo:

Y queriéndonos allegar más a ellos, pues no venían, saltamos algunos de nosotros en un batel, y allegándonos a ellos hasta quince o veinte pasos, viéndolos contemplando su extrañeza, porque tenían los brazos caídos y las manos casi a forma de pies de gato, y el cuerpo que se veía muy lleno de vello, y cabellos muy largos, y la filosomía y dispusición flaca y delgada, y la color lora. Y ellos, viéndonos allegar tanto a ellos, se arrojaron al agua casi a manera de ranas, donde lo que de antes tenían cubierto con el agua y podimos ver, fue parte de las asentaderas o nalgas, en cierta manera como de una mona. Pero no podimos determinar por su gran presteza y nuestro mucho descuido, qué era, propiamente, lo que tenían encubierto en el agua, si era cola o piernas o qué era. Y así se fueron por debajo del agua, y dende a poco trecho tornaron a parecer entre unas espadañas, embebecidos en mirarnos, como al principio estuvieron. (pág. 232)

Al hablar de la isla de «Matininó o Madaninó», Alonso de Santa Cruz se ve obligado a hacer una referencia a las amazonas y sus relaciones con los caribes, pero concluye que «lo más cierto, parece haber sido fábula» (pág. 277). Sin embargo, cambia de opinión al hablar de dos islas de las Amazonas, cercanas a la Isla de la Mujeres, próximas a la de Cozumel:

En todas las cuales se dice habitar solas mujeres sin hombres, y pensaron algunos que vivían de amazonas, pero según otros eran un género de mujeres que vivían como monjas. A las cuales pasaban los hombres en ciertos tiempos

---

<sup>22</sup> «Esta Ibernia o Irlanda tiene al Oeste la isla de Brasil, que están en cincuenta y un grados; es casi redonda y tiene de longitud doce leguas y nueve de altitud. Hay desde Irlanda a la del Brasil setenta leguas. Está al Noroeste de España», Martín Fernández de Enciso, *Suma de geographia*, ed. y estudio M. Cuesta Domingo, Madrid: Museo Naval, 1987, pág. 136.

del año para les labrar los campos y huertos para que pudiesen dormir y no por tener acceso a ellas. Pero en las isletas dichas Amazonas dicen ser habitadas de solas mujeres corruptas, que desde niñas se cortan las tetas ezquierdas para poder mejor usar de los arcos y flechas, y van a ellas los hombres para ayuntarse con ellas, y no crían los hijos varones, sino hembras, en fin, a la manera de amazonas. (pág. 296)<sup>23</sup>

La variante del mito amazónico ha cobrado su tributo, ya que existen amazonas en las cuatro partes del mundo. La tradicional oposición de una isla masculina a otra femenina, con los intercambios necesarios para mantener el equilibrio demográfico, responde a un cuadro clasificatorio por sexos, en el que cada una de ellas refleja una realidad singular. En el islario de Bordone, Imaugla e Inebila aparecen al lado del archipiélago de los Sátiros, cuyos habitantes nacen con cola, las islas de Maniole, hechas de piedra imán, y una isla con un referente concreto, la de Bazacata, donde se recogen las mejores piedras. En el de Santa Cruz, cercana a las isletas de las Amazonas, se encuentra la isla Desconocida, o la terrible isla de los Sacrificios, de modo que el islario unifica un campo taxonómico donde las «singularidades» se encuentran unidas por su disposición en archipiélago.

En numerosos lugares encontramos referencias a las prácticas antropofágicas, por las que Santa Cruz parece estar fascinado, pero es precisamente en la Isla de los Sacrificios donde se describe más detalladamente el sacrificio ritual. Los naturales sacrifican a sus dioses, o «zemíes», muchachos, habitualmente traídos de otra parte:

La manera del sacrificar, que supieron cómo se hacía, aunque ellos no lo vieron sino que hallaron muchos cuerpos sin brazos ni piernas, y cabezas envueltas en paños, era que los abrían por los pechos a los mochachos o mochachas para sacarles el corazón. Y con la sangre caliente untan los labios de sus ídolos, y la restante dejaban caer en una pila bien obrada de piedra, donde quemaban el corazón y las tripas en [sahumerio] muy grato a ellos, y las pulpas de los brazos y muslos y pantorrillas se comían principalmente si la víctima era de alguno que obiesen vencido en la guerra.

---

<sup>23</sup> En una punta de la isla de Cozumel Grijalba, en 1518, creyó encontrar una tierra habitada sólo por mujeres: «se cree que sean de la estirpe de las amazonas». Comenta Juan Gil: «Los cronistas se mostraron escépticos y trataron de buscar una explicación más racional a una denominación que les sonaba absurda; no cabe duda, sin embargo, de que en un principio Grijalba dejó brizar su fantasía con el recuerdo de aquella isla de amazonas que había topado en el confín del Oriente, ese extremo del mundo que ahora les tocaba hollar a los españoles» (Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento. 2. El Pacífico*, Madrid: Alianza Universidad, 1989, págs. 70-71).

Y para degollarlos los ponían sobre una figura de un león de mármol que tenían, entre otras efigies, con la cerviz ancha sobre que lo hacían, y de allí iba la sangre a la pila o alberca que dijimos. Y los ídolos, el uro era de forma viril, que miraba a la laguna como en señal que aceptaba el sacrificio. (pág. 296-297)

Una de las razones de la insistencia en el tema del canibalismo y los sangrientos sacrificios humanos podría residir en la consideración que le merecen los «naturales» de estas islas occidentales. Desde las primeras páginas deja bien claro que mientras la tierra es hermosísima, la naturaleza pródiga y diversa en todo tipo de animales, frutos y plantas útiles, sus habitantes no son merecedores de ella. Nada más comenzar la cuarta parte exhorta al rey para que propague «el conocimiento de Dios y de su santa fe y doctrina evangélica, por tantas gentes que torpe y feamente servían al príncipe de las tinieblas» (pág. 110). En esta frase ya surge uno de los argumentos más repetidos en el *Islario*: en las islas occidentales habita el demonio —«tener el diablo tan lato imperio y tan lleno de vasallos y servidores» (pág. 209)—, al que hay que expulsar, y los españoles son los designados por Dios para esta labor, puesto que gracias al servicio que le hicieron los Reyes Católicos en España de «purgarlo de gentes que no le servían» (pág. 189), les encomendó estas islas. Así, la Española, la mejor isla del Océano Occidental, podría competir con las más insignes de Europa, a no ser por sus pobladores:

si al [asiento] y cielo hobiera correspondido la cultura y vivienda de los habitadores; pues por culpa y error de la fortuna, ha estado, como real y magnífica casa, habitada de vil y abyecto huésped. Pero, pues la ha Dios venido a visitar con su gracia, esperarse ha de ella, en lo porvenir, por la largueza y benignidad que naturaleza tuvo en dotalla de tan rico y fértil suelo, que podrá ser émula, no sólo de las mejores islas, pero de las aventajadas del mundo. (pág. 209)

Entre los favores que hicieron los españoles a los naturales está la desaparición de los feroces «caraibes», «que eran como una pestilencia del género humano, comiéndose hombres o mujeres como carneros o otra caza» (pág. 278), extendidos por todo el arco antillano. Esta fue, según Santa Cruz, una de las causas de que hubiera tan escasa población en islas como San Juan, la Española o Cuba, ya que iban allí a cazar hombres a los que se comían:

Pero ya son expelidos, con la ayuda de Dios, de todas las islas, y muchos han perecido a manos de españoles. Y a otros gastaron las viruelas, y los demás se han acogido al continente a diversas partes del, donde, aunque no debajo

de nombre de *caraiibes*, hay la misma pestilencia de gentes que, usando voz antigua y griega que lo exprime se llaman antropófagos.

De los cuales, placiendo a Nuestro Señor, con el favor y auxilio de vuestra majestad, por sus súbditos y vasallos será presto todo este continente libre de cosa monstruosa y contumeliosa a la humanidad de los hombres. (pág. 278)

Prácticamente, todos los naturales de las Antillas usan «una diabólica y bestial religión», ya que creen que el demonio es el autor de todas las cosas, buenas y malas, y adopta formas monstruosas, representadas por los «zemíes». Además, los indios son «ruines cultores» de uno de los suelos más «felices y beatos» del mundo, son «indignos» del cielo y el suelo que tenían. La descripción de Santa Cruz se opone al discurso utópico: «Donde vivían casi muy sin cuidado de todas las cosas que constituye la policía, como son leyes, magistrados, orden, honras y todas aquellas cosas en que universalmente es intentado de la república, para cumplir a los usos de la vida humana política» (pág. 216).

He mencionado que el descubrimiento y conquista de las islas occidentales presenta en Santa Cruz un propósito evangelizador. El ejemplo de los españoles, al que se añade algún milagro como el de la «santa vera cruz»<sup>24</sup>, deberá ser suficiente para asegurar que «tantas gentes que torpe y feamente servían al príncipe de las tinieblas» (pág. 190) conozcan al Dios verdadero y la doctrina evangélica.<sup>25</sup>

El discurso «antiutópico» de Santa Cruz se suaviza cuando se ocupa de la península del Yucatán, y sus islas adyacentes, y de la ciudad de Tenxutilán, ya que no se pueden comparar a las demás en «poblaciones ni pulicía humana» (pág. 287). En el Yucatán hay casas de cal y canto, magníficos templos, los habitantes van vestidos, las mujeres muestran recato. Incluso los de la isla de Cozumel aceptaron de buen grado las ceremonias cristianas, y dejaron de sacrificar muchachos y perros, a falta de aquéllos. Respecto a Tenxutilán, su inclusión en el islario tiene que ver con la simetría: «la dispusición y asiento que tiene en el agua la hizo subiecta a nuestra tratación de islas, para que tenga compañía

---

<sup>24</sup> «En esta ciudad [Concepción de la Vega] está la santa Veracruz que llaman de la Concepción de la Vega, la cual dicen haber hecho muchos milagros y sanado muchos enfermos, y los cristianos llevan muchas rajas della para España y otras partes. Dicen los indios habella probado de arrancar de aquel lugar, y no haber podido» (pág. 246).

<sup>25</sup> La consideración denigratoria del indio está presente en gran parte de la historiografía india, con casos tan conocidos como el de Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara o José de Acosta. Como señala Enrique Florescano: «Esta apreciación negativa de los aborígenes de América se unió a la interpretación salvacionista y providencial de la intervención española: con todas sus crueldades, la conquista había liberado a los indios del demonio, los sacrificios humanos y la degradación» (Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, México: FCE, 2003, págs. 298-299).

la ilustre ciudad de Venecia, que asimismo metimos en el número dellas» (pág. 299), a pesar de que ya no exista la laguna, que sin embargo figura en el mapa, semejante al de Bordone<sup>26</sup>. Venecia está fundada sobre agua, lo mismo que la ciudad azteca, y ambas figuran en los islarios posteriores al descubrimiento. A pesar de lo nefando e inmundado de los sacrificios rituales de sus habitantes, que acabaron con la llegada de los españoles, es una ciudad extraordinaria en todos los conceptos. Santa Cruz se detiene en la descripción de la ciudad y la conquista de Cortés, siguiéndolo muy de cerca.<sup>27</sup>

Hemos visto que las «singularidades» de los casos humanos se limitan, prácticamente, a las Amazonas y a los caníbales. Los gigantes de las Patagonias quedan reducidos «a una gente llamada patagones, muy agreste, que habitaban en unas viles casas o chozas, a manera de las cabañas de los pastores, cubiertos con pellejos, y de estatura algo mayores que nosotros» (pág. 336), y los pigmeos no aparecen por ninguna parte. Por otra parte, el aspecto y las costumbres de los habitantes del arco antillano son tan semejantes que basta con la descripción detallada de los de La Española. Frente a esta relativa parquedad está la descripción, monótona en la mayoría de las ocasiones, de una naturaleza pródiga, diversa y, sobre todo, útil, aunque cuando muestra semejanza con la europea en la comparación salga desfavorecida.<sup>28</sup> Más atención le presta a una fauna extraña, en la que no cabe la comparación con lo conocido. Así hablará de la «yuana», del cocuyo, del manatí, de los cocodrilos, o del monstruo marino que vio con sus propios ojos. Aquí, con la mesura que caracteriza a esta cuarta parte del *Islario general*, da constancia de una serie de prodigios naturales, de los que ya habían dado cuenta Pedro Mártir y Fernández de Oviedo, como los perros mudos, o una extraña ave:

---

<sup>26</sup> Benedetto Bordone también la compara a Venecia: «Cene sono anchora de molti altri per esser la citta come Uenetia, posta in acqua» (Bordoni, *op. cit.*, s. p.). El Temistitan de Bordone es una isla hueca: en el centro se dibuja «il tiempo da orare», a una escala mucho mayor, y encierra el horror de los sacrificios humanos.

<sup>27</sup> La consideración de Tenxtiltlan como isla aparece ya en Cortés y se convierte en un tópico literario, unido a la comparación con Venecia. Como en el caso de los islarios, lo desconocido es un reflejo especular de lo conocido. Así, Tomás Rodaja, en *El licenciado Vidriera*, asigna el sentimiento de «admiración» a la maravilla conocida y el de «espanto» a lo ignoto: «Desde allí, embarcándose en Ancona, fue a Venecia, ciudad que, a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante; merced al cielo y al gran Hernán Cortés, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración de mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo» (Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, II, ed. J. B. Avelar-Arce, Madrid: Castalia, 1982, pág. 113).

<sup>28</sup> Sólo un ejemplo: en La Española «Hay otros muchos géneros de árboles en esta isla, y de muchas diferencias y desemejanzas unos de otros, así en la grandeza como en el tronco y ramas, y en el aspecto y frutas y algunos dellos, de buen olor y lindas flores; otros de diversas frutas; otros espinosos; otros de mala vista; y otros salvajes» (pág. 224).

Anda una ave por mar y por tierra, en estas partes, que los cristianos llaman azor de agua, de extraña naturaleza porque tiene el pie izquierdo de pato y el derecho de ave de rapiña, con que caza y pesca. (pág. 232)<sup>29</sup>

A diferencia de otros islarios, la cuarta parte del de Santa Cruz no se convierte en un conjunto de «singularidades», de unidades atomizadas, ya que, a pesar de que se dé cuenta de la diversidad del mundo, esta heterogeneidad forma parte de la visión global. Se trataría de una singularidad «instrumental» o «funcional»<sup>30</sup>, de modo que la maravilla, en ocasiones espeluznante, se explica. La parte reservada a la descripción de las costumbres de los habitantes, a las leyendas e incluso a los fenómenos extraordinarios nunca es fantástica. En caso de que pueda parecer poco verosímil se apela a la autoridad de antiguos y modernos. Así, la antropofagia se debe a los hábitos alimenticios de los caribes, de los que da buena cuenta; los sangrientos sacrificios rituales de mayas y aztecas a su perversa religión; y ambos tienen su origen en el carácter de vasallos del príncipe de las tinieblas, que ostentan todos los habitantes del Nuevo Mundo. Al hablar de la fauna y flora, en ocasiones tan diversas, se insiste en la utilidad; el oro y las perlas no tienen un origen fabuloso, aunque las explicaciones de Santa Cruz sean más que cuestionables. En algunos momentos aparece un afán de simetría –Venecia y México–, que puede ser antitética: la isla de las amazonas se opone a la de los caribes, el perro mudo al perro de guerra de los españoles, el «zemí» a la cruz, Cortés a Aníbal.

La enumeración de objetos y productos exóticos de las islas lejanas ocupa buena parte de los capítulos y refuerza el efecto de alteridad y alejamiento del

<sup>29</sup> «Hay en esta isla [La Española] unos perros que criaban los indios, domésticos, en casa, y cazaban con ellos casi todos los animales dichos y, aunque en el parecer tenían mucha vecindad con los de España, eran mudos. Estos se comieron los primeros conquistadores, padeciendo gran hambre» (pág. 228). Al lado de estos «perros del paraíso», como los llamara Abel Posse, se encuentra un feroz perro español: «En este tiempo, tenían los cristianos un perro de no menos monstruosidad y sentido que los que dijimos tener los comendadores en Rodas, el cual ganaba a su dueño tanta paga como un balletero (que eran dos partes como dos peones), y le temían los indios más que a los cristianos, y hizo mucho para el fin de la pacificación desta isla [San Juan]. Y al fin lo mató un indio caraipe con una flecha enherbolada» (pág. 269). Los «perros de guerra» han sido considerados por Antonello Gerbi (*La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, México: FCEI, 1978, págs. 385-387).

<sup>30</sup> Lestringant la define así: «A la *singularité ornamentale* répond la *singularité instrumentale* ou *fonctionnelle*, qui se donne à voir, non plus dans l'inmédiate d'une présence fascinante, mais dans les moments successifs et nécessairement distincts d'une question qui ouvre l'espace du merveilleux et d'une réponse, plus ou moins différée, qui le referme. A l'interrogation qui suscite l'irruption du singulier succede son explication causale ou finale; à l'événement extraordinaire le rattachement de celui-ci à faire de nature ou à un usage» (Frank Lestringant, «Fortunes de la singularité à la Renaissance: le genre de l'isolario», *Studi Francesi*, 28:3 [1984], pág. 429).

lector. El tabaco, el cocuyo que sirve de linterna, el templo donde se realizan terribles sacrificios, hacen que en algunos momentos los límites naturales trazados con gran precisión por Santa Cruz en sus mapas se borren progresivamente, al dibujar una nueva imagen del espacio explorado, de modo que el texto se predispone a una dimensión literaria y llena de imágenes elaboradas a partir de textos y experiencias dignas de fe.<sup>31</sup>

Los textos del islario colman los vacíos que el cartógrafo no puede rellenar; allí donde falta el conocimiento, el compilador erudito desempolva los textos de geógrafos, de historiadores y de poetas antiguos para elegir fragmentos que no se contradicen con los últimos descubrimientos; las citas dibujan los contornos de un espacio que se convierte, a fin de cuentas, en literario.

Al comienzo de la cuarta parte, Alonso de Santa Cruz sube de nuevo a la nave del entendimiento para dirigir su trabajo, con el viento favorable de la divina gracia, «de un gran piélago y anchura de mar a otra, de no menor grandeza y peligro» (pág. 189); al final, da cuentas al rey de los resultados de su mandato. El viaje por las islas conocidas ha concluido, cuando se descubran las que quedan en el mar ignoto:

se perfeccionará nuestra tratación de islas, si Dios nos diere vida y gracia para ello, o por lo menos, quedará ocasión muy grande para que otro lo haga, pues es verisímil que de toda la esfera y redondez del orbe hemos, en este nuestro libro, comprendido las más islas. (pág. 340)

---

<sup>31</sup> Como señala Chiara Lastraoli, al hablar del islario de Porcacchi: «Ces îles lointaines, sièges privilégiés de l'exotique [...] sont le lieu de la diversité humaine et naturelle, l'espace où les civilisations se confrontent et se mesurent, un terrain où les coordoneés socioculturelles sont certainement moins distinctes que celles de la géographie». Cfr. Chiara Lastraoli, art. cit., pág. 66.